



El corazón y las Pléyades

Mario Satz



Las Pléyades constituyen uno de los grupos estelares más fascinantes del cielo. Compuesto por siete grandes estrellas, la primera de las cuales es Alcíone (de 3ª magnitud), cuyo nombre significa, en griego, la paz, es un grupo que se halla en la constelación de Tauro a la altura de lo que podríamos imaginar como su poderoso cuello. Para los astrónomos Alcíone es el sol central de nuestra galaxia, y al respecto no deja de ser significativo que entre los babilonios se le llamase Temennu, la piedra fundamental. Los árabes, por su parte, denominan aún hoy a esa estrella Al Wasat, el centro, en tanto que los hindúes le dicen Amba y los hebreos Kimah, que quiere decir ni más ni menos que el sello, la estampa, nombre que algunos etimólogos relacionan con la expresión Al Kimah, la Alquimia, ciencia misteriosa de origen celeste. Saber secreto que, procedente del confín del cosmos, nos enseñó en sus orígenes el arte de la metalurgia, la manipulación del fuego y las técnicas de fundición. Pero los griegos también veían en ellas a las siete palomas de Afrodita, y a las siete hermanas míticas de Atlante y Pléyone, cuyos nombres eran Taigete, Electra, Alcíone, Astérope, Celeno, Maía y Mérope. De las cuales se decía que, paseando con su madre Pléyone se encontraron cierto día cerca de Beocia con el terrible cazador Orión, quien perdió la cabeza por ellas, al punto tal que las persiguió noche y día durante cinco años hasta que al fin fueron metamorfoseadas en aves gracias a la piedad de

Zeus, el cual, transformándolas en palomas, conservó empero su belleza.

Actualmente y en el moderno cielo de la astronomía Orión está separado de sus amores por las Híades y por Aldebarán, que brillan entre los ojos del toro constelado. Una historia diferente es la que cuentan los cosmólogos chinos, para quienes *hsin*, el ideograma del corazón, representado con el pericardio abierto por encima y el órgano propiamente dicho en el centro, con una muesca que señala, debajo, el lugar de implantación de la aorta, *hsin* responde por sus siete aperturas a *mao*, las Pléyades. De este modo, dueño y señor de la risa y la alegría, el corazón respondería a su modo a las mismas abundancias que presagian, en la primavera, cuando son visibles, las Pléyades. Las siete aperturas del corazón eran, por otra parte, otros tantos ojos —que dirigidos a la cabeza—, y si estaban esclarecidos, despejaban a su vez a las siete puertas superiores —dos pupilas, dos orejas, dos fosas nasales y la boca—, lugares a través de los cuales el universo sella su pasaje por nuestros sentidos. En China ningún ídolo es más popular que Ts'ai Shen Yeh, el Dios de la Riqueza, pues se considera que encarna el espíritu deificado de Pi Kan, un sabio del siglo XII a. de C., pariente del tirano Chou Hsin, el cual mandó asesinarlo para, acto seguido, examinar su corazón con el fin de comprobar si era cierto aquello de que sus siete orificios formaban, según se sostenía, el asiento de la inteligencia.



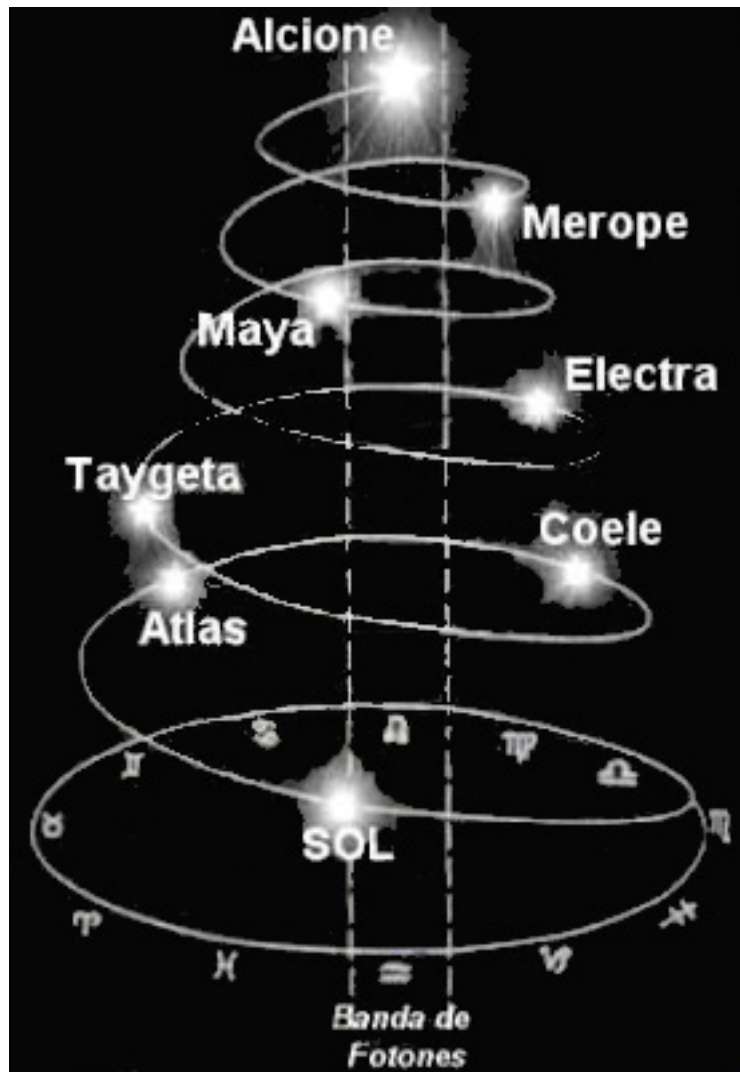
Otra leyenda china explica que las siete Pléyades mayores fueron, en principio, las siete emociones básicas que dependen del corazón: *hsí*, la alegría; *un*, la rabia; *ai*, la pena; *chü*, el temor; *ai*, el amor; *é*, el odio y *yü*, el deseo. De él surgieron y a él ansían retornar, pero como en el corazón tales lugares están ocupados ahora por las conexiones terrestres, los puntos de

nes. Por ello, Chuang Tsú, el filósofo taoísta del siglo III a. de C., anotó:

*El corazón del hombre sabio es sereno.
Es espejo del cielo y de la tierra
El cristal de todo.
Vaciedad, quietud, tranquilidad, insipidez;
Silencio, no-acción:
éste es el nivel del cielo y la tierra.
Este el Tao perfecto.*

sensible. Aquello que, para los chinos, existía más allá de los orificios de luz personificados por las Pléyades. Un sitio descrito en los textos del yoga taoísta como un jardín de cuatro alas en el que florecen los melocotoneros de la longevidad cada tres mil años, y que llevan grabadas, en cada uno de sus frutos, todas las estrellas que son, han sido y serán.

Las Pléyades, también llamadas las cabrillas de forma coloquial, las siete hermanas según la mitología griega. Su nombre japonés es “Subaru”, y su nombre persa “Soraya”. Las Pléyades están situadas a un costado de la constelación de Tauro y forman una espiral dentro de la Galaxia de la Vía Láctea. El Sol es la octava estrella de la espiral pleyadiana.



entrada de venas y arterias, cada vez que una de las siete emociones quiere volver a su punto de partida las restantes seis sienten celos y se agolpan a su lado para sustituirla tan pronto cese su pulsión. De este modo, en la vida anímica del hombre no hay pena sin alegría, amor sin odio. Rabia sin deseo. Únicamente el sabio, aquel que medite en la figura y forma de las Pléyades, sabe que el vacío cordial está libre de todas esas contradiccio-

*Los hombres sabios
encuentran aquí su lugar de reposo.
Y en reposo están vacíos.*

Pero vaciar el corazón —tarea que por otro lado el mismo corazón realiza, vaciarlo de odio, pena, amor, deseo, y también de cualquier otro tipo de sentimiento parcial, sólo puede hacerse cuando se comprende que detrás de las pulsiones hay algo más grande aún, un todo que sustenta lo

En sus silenciosas meditaciones, entonces, ajenos a la vida social y despegados de todo lo innecesario, los maestros taoístas viajaban a ese sitio en los meses de mayo y junio mientras sus cuerpos podían permanecer, se decía, en la tierra, fantasmas de piel y huesos musicales, cápsulas de algo misterioso que se había disparado tan lejos que era imposible seguirlo. Aquí quedaba, casi inerte, el cuerpo o los cuerpos, pero no sus

corazones, que cruzaban los espejos de la realidad visible hasta llegar al sitio en el que se borran todas las diferencias. Chuang Tsú escribió líneas hermosas al respeto:

*La Luz de las Estrellas
le preguntó a No-Ser:
Maestro ¿es usted o no es usted?
Y como no recibió
ninguna clase de respuesta,
La Luz de las Estrellas
se dispuso a esperar a No-Ser,
Aguardando a ver si aparecía.*

Que el vacío es siempre central o que el centro está vacío es algo en lo que ya había pensando Lao Tsé mucho antes que Chuang Tsú. Posiblemente ninguna otra parte como el corazón diga con tanta claridad, en su diapasón diastolística, Ser-No-Ser. Las cuatro alas de ese fantástico jardín de melocotoneros milenarios y astronómicos parece calcada de nuestras humanas aurículas y ventrículos. En ese espacio mítico, en ese territorio poético todo es de luz, de una luz suavísima: las hojas, las cor-

caminos que llevaban en todas direcciones y de esas mismas direcciones, como rayos de un círculo, volvían a su punto de partida. El viajero contó que en aquel paisaje la gente vivía y trabajaba en paz. Cuando se hubo paseado por el lugar, aceptado compartir el té e intercambiado unas palabras, el visitante sintió algo extraño, como si recordara todo aquello, como si siempre hubiese estado allí. Preguntados los habitantes acerca del tiempo que vivían, interrogados sobre la dinastía bajo cuyo reinado prosperaban,



Tablilla sumeria con una antigüedad aproximada de 12.000 años, en la que se habla de las Pléyades.

*De ese modo mantuvo su mirada
fija en el profundo vacío
Con la esperanza de echar
una mirada a No-Ser.
Todo el día estuvo a la expectativa
y no vio nada.
Escuchó pero no vio nada.
Se extendió para tocar
y no agarró nada.
Entonces, la Luz de las Estrellas,
exclamó al fin: ¡Esto es!
Puesto que se trata
de lo más distante que hay,
¿quién podría alcanzarlo?
Puedo comprender la ausencia del Ser,
¿Pero quién puede comprender
la ausencia de la Nada
Si ahora, encima de todo, No-Ser Es?
¿Quién puede comprenderlo?*

tezas, las ramas e incluso las raíces. El clima parece suspendido siempre en el mediodía de su esplendor. De los sucesivos viajes a ese sitio de equilibrada maravilla quedan huellas en el siguiente proverbio chino que alude a «un retiro dotado de melocotoneros y arroyos». Dice así: «Pídele al latido que te traigo un regalo y te recordará donde queda el corazón».

Una vieja historia procedente de la dinastía Jin del este cuenta que cierto pescador que vivía en Wu Ling y era un gran admirador de los paisajes pintorescos, llegó cierta vez y sin darse cuenta a un jardín repleto de melocotoneros y arroyos desde el cual se veían, hacia los cuatro horizontes, tierras llanas y fértiles,

comían y dormían, no supieron qué responder pues para ellos todo era siempre igual a sí mismo. Incluso el incipiente verano no parecía moverse de lugar. Si moría alguien pronto era reemplazado por un nuevo nacimiento, las heridas se cerraban tan pronto eran abiertas y el amor no recurría, para expresarse, a las palabras. El hombre volvió a su poblado tras ese interesante viaje y por más que se esmerara en contarle los pormenores y mayores al gobernador, por más que le indicará las bellezas y misterios de tan sorprendente geografía, nadie pudo encontrarla nunca. Lo que fuera una experiencia inolvidable para el viajero de Wu Ling no dejó de ser una fantasía inubicable para el

resto de sus paisanos.

Haciendo un modesto ramillete con las palabras *sin darse cuenta*, *cambio* y *nadie pudo encontrarlo nunca*, retornamos a la experiencia taoísta de la no-acción, a la gracia espontánea del *wu wei*, pero también al relato de la mutación espiritual de quienes transforman las siete emociones básicas ligadas a las Pléyades en un único sentimiento de inaudita dulzura. Pues *hsin*, el corazón, dicen los médicos chinos, tiene la forma de un melocotón, e ingresar bajo sus túnicas de carne en el momento en que la luz total del cosmos lo ilumina, es adquirir una impavidez de jade a la vez que la velocidad de un colibrí. Paralelamente, la idea de fecundidad que contienen las Pléyades está en conexión con el ciclo hídrico, la aparición y desaparición de las aguas. Así, por ejemplo, en la Amazonia las Pléyades desaparecen en mayo y reaparecen en junio. Anuncian las crecidas, la muda de los pájaros y la renovación del manto vegetal. Limber, un astrónomo contemporáneo citado por Lévi-Strauss en su obra *Lo crudo y lo cocido*, sostiene a propósito de las Pléyades que «el telescopio revela una asociación de por lo menos varios centenares de estrellas cuyo parecido con un enjambre de abejas es notable. Si el movimiento aparente de estas estrellas pudiera acelerarse varios millares de veces, la analogía sería aún más marcada, pues se vería a cada individuo precipitarse en una dirección diferente, en tanto que el enjambre mismo conservaría su coherencia». Notable, sorprendente, este concepto astronómico de «unidad en lo múltiple», de «sincronía diacrónica», de *coincidentia oppositorum* en suma, hace que los indios toba del Chaco todavía llamen a esas estrellas «abuelo-muchas cosas» y también «los niños pequeños», reencontrando de ese modo la vieja idea taoísta respecto del sabio Lao Tsé como «un niño viejo» o un «viejo niño».

En realidad las Pléyades y nuestro humano corazón, y con ellos todas las estrellas, forman un todo indivisible, la casa del Ser que nace del No-Ser. Pues en el momento en que pasamos de la *discontinuidad del ojo a la continuidad del espíritu*, en el momen-

to en que ya no prestamos atención a los latidos y con ellos a la noción de tiempo que producen, y nos sumergimos en el vacío inmutable del que proceden sístoles, diástoles y estrellas, en ese mismo momento el No-Ser nos permite participar del Ser, pero si acaso intentamos definir esa extática experiencia, el pulso, tímido, vuelve a ocultarse de nuestra mente racional. Del mismo modo que el hambre precede a la saciedad o al alimento, cuando la Biblia enuncia que «no sólo de pan vive el hombre», alude a un manjar sutil —melocotón, rocío estelar, maná— que crece y se prodiga en el vacío de la comprensión, manjar que nutre antes el entendimiento que el vientre. En cierto modo ese alimento tiene como vehículo sensible a la sangre que, a su vez, abastece de nutrientes infinitesimales a nuestros órganos por orden de su eje cordial. «Los justos y piadosos en Israel —anota el *Libro de la claridad* o *Babir*, texto kabalístico del siglo XII—, los justos y piadosos que se elevan por sus méritos, se alimentan de su corazón y su corazón los alimenta(fragmento XCVII)». El ya citado antropólogo Lévi-Strauss narra el siguiente mito Macushi sobre el origen de las Pléyades: «Un hombre tenía siete hijos, que no cesaban de llorar pidiéndole de comer. Para entretenerlos, la madre les regañaba diciendo: “Hijos míos, os doy de comer todo el tiempo y nunca estáis repletos ¡Qué glotones sois!” En cierta ocasión cogió de las brasas una mandíbula de tapir y la arrojó a sus pies, pero los muchachos gritaron: “¡No es bastante!””, protestando a viva voz como si no hubiesen comido en años. A pesar de todo se repartieron el trozo de tapir y luego, cogidos de las manos, bailando y cantando, decidieron mudarse a las estrellas para desesperación de su madre, que comenzó a gritar: “¡Venid aquí, conseguiremos más comida, regresad!” Pero los niños prosiguieron su imparable ascenso sin guardar rencor a sus progenitores desapareciendo poco a poco en el cielo».

La insatisfacción terrestre, signada por el devorar saturnino, siempre hambriento, sólo puede ser compen-

sada por la satisfacción celeste, a la que —observemos— se accede «bailando y cantando» o, a lo sumo, apelando a una desasida contemplación tras un prolijo ayuno de los sentidos. Evragio, un monje cristiano familiarizado con la meditación de los hesicastas, escribió: «Si queréis, permaneciendo en un cuerpo, rendir a Dios el culto de una criatura incorpórea, mantened en el secreto de vuestro corazón una plegaria ininterrumpida, y vuestra alma llegará a ser, aún antes de la muerte, igual a los ángeles». Ese *semper gaudete* seguido de *sine intermissione orate* que el apóstol recomienda en *1 Tesalonicenses* 5:16, equivale, nos parece, al rutilante paisaje taoísta de caminos que divergen y convergen simultáneamente, y al que no nos es posible acceder más que de uno en uno y por obra de la gracia. Cuando los antiguos astrónomos situaban en Alción al sol de nuestra galaxia querían aludir con ello a un eje del universo que siempre es igual a sí mismo mientras todo a su alrededor cambia, gira y eventualmente perece. Del mismo modo nuestro corazón permanece en su sitio mientras que la sangre por él enviada, transportando luz, ilumina los confines y límites del cuerpo. Estudiosos de las dos caras de la realidad, física y metafísica, leen en un pasaje de *Job* 38:31 que dice: «¿Podrás atar tú los lazos de las Pléyades?», la posible causa de que ubicase allí estaba el centro del universo, su nudo original, por cuanto tratándose de un regalo, cuando el Creador lo envolvió para darnoslo como presente ligó allí su punto de partida. Dejó allí su sello máspreciado. Una gavilla de estrellas que crece por partida doble en el cielo y en el corazón del atento observador.

